

# EL ARRAPON

Número suelto, 5 céntimos; atrasado, 25.

Estando este número dedicado especialmente a la memoria del Maestro, reproducimos algunas de sus más bellas producciones, en ellas nada mejor que estas confesiones suyas.

En sus trabajos se refleja el alma grande de aquel gran almeriense, que al morir deja un hueco imposible de llenar.

## Cabezas parlantes

Cuando nací, me llamaron *Pepe Jesús*. Han pasado cuarenta años y... ¡aún sigue la gente llamándome de tal manera. No me parece mal; pero reconoceréis que he progresado poco.

De niño fui corto de genio; uno de esos chiquillos encogidos que se nublan de rubor por cualquier cosa ante los mayores, y que no temen a hablar si los matan. En cambio entre mis compañeros era expansivo, juguetón, travieso.

Me parecía por jugar; todo ejercicio físico me se hacía, por arriesgado que fuera. Al influjo de esta inclinación llegué a ser un consumado volatinero. Al influjo de otras inclinaciones instintivas, de las que apenas me di cuenta, llegué a cantar un día. Mi voz era preciosa, como la de casi todos los chiquillos. La musa callejera se apoderó de mi espíritu infantil, y cantó *lo de la tierra* primorosamente. Fue famoso en mi barrio por esto. ¿Que cuál es mi barrio? El de Regocijos; el más lindo y alegre de la ciudad. Allí me nacieron y allí me crié.

Aparte mi decidido amor al juego, mi característica fue el horror al estudio. Esto me costó muy grandes palizas y sofocos. Recuerdo, sin embargo, que aquellos castigos no sirvieron de nada.

Mi padre, en fuerza de ser modesto, tenía muy triste idea de mi capacidad mental. A más de estas ideas, tenía por entonces un amigo guardia civil, de caballería por más señas. Como no hay nada en la ordenanza que se oponga a ello, el guardia tenía un hijo de mi misma edad, pero tonto de capirotes. Mi padre y el suyo creían lo contrario, y me lo ofrecían a cada instante como ejemplo de discreción, entre regañones crueles.

Cuando el guardia no estaba de servicio, ya se sabía, en mi casa con el chico, a lucirlo y a humillarlo con la exhibición de sus precocidades. Aquel rapaz fue mi tormento durante algunos años. A lo mejor me lo ponían delante, con «La Cronica» entre las manos, para que yo viera como leía. Y, en efecto: él leía con la inconsciencia de una máquina, pero de corrido. No tendré que decir que cuando — después del coro de alabanzas tribu-

## Para cuando yo muera... si alguna vez muero

Algo así como mal tratamiento. Debo de abrirse apenas yo muero.

Almería 8 de Noviembre de 1908.

1.º No quiero que vistan mi cuerpo muerta a la usanza del día. El cadáver no es el hombre y el cadáver no debe vestir más traje que el sudario. Vistan mi cuerpo, después de limpio, con un lienzo blanco, como el que volaba las lindas carnes de las mujeres de Tangra; como la túnica de los griegos del tiempo del padre Esquila.

Si a esto queréis añadir un puñado de flores no me parecerá mal. Así me acompañarán las espigas hasta más allá del vivir.

2.º No quiero ser sepultado en un nicho agujereado en la pared del cementerio civil. En realidad no tengo interés en yoos, en ningún caso. En todos he visto algo así como la sombra del principio de autoridad, la cosa más antipática que inventaron los hombres. Yo yacería en cualquier parte, en cualquier rincón que no tuviese nada de sagrado para los hombres. Donde mi cuerpo exangüe fuere el único objeto que inspirase graves pensamientos al viajero de la vida. Las muchedumbres de vivos me han sido siempre simpáticas; las de muertos me son odiosas en cierto modo. No debiera de haber en ninguna parte muchedumbres de muertos. En ninguna parte más que en la memoria de los vivos.

Pero en fin; todavía hay mucha laberinticidad sobre el mundo, y hay que resignarse a no estar solos al signiera en la tumba. Y como habré de ser sepultado en el cementerio civil, quiero que se me entierre en una bóveda de piedra de las aberturas sobre el suelo, y bajo

tadas al hijo del guardia — llegaba a mis manos el periódico, ya estaba yo tambaleando de pies a cabeza y no daba pie con bola. El guardia se esponjaba de gozo; mi padre se afirmaba en sus opiniones respecto de mi capacidad, y yo... ¡Yo llegué a aborrecer a «La Cronica» y a la guardia civil de caballería! A cualquiera se la doy!

A pesar de estos pesares yo tenía de mi mejor idea que del hijo del guardia.

¡Yo sabía jugar muchísimo mejor que él...

Como la fortuna se hizo buena amiga de mi casa, hubo de abandonar el ambiente del barrio y pasé a los mejores colegios de la capital. Fui alumno del señor Aguado; después, del D. Mariano Cebrián; después del Instituto.

Allí seguí no estudiando. Mi padre que lo supo, arreció con los maestros particulares. Con D. Juan Candelas aprendí latín, sin molestia de ninguna clase. Cosa rara. Llegó a gustarme el latín visto al través de las explicaciones de aquel bondadoso señor. Mi primer triunfo escolar fue un suspenso en Geografía. Después, durante mi vida estudiantil, gané del propio modo muchas batallas. Pero no anticipemos los sucesos.

Para que yo aprendiera aritmética y álgebra, hubieron de llevarme a la

tierra, de modo que nadie «deseñase» sobre mi tumba, ni nadie padezca mi vejez. Quiero que sobre la piedra de mi tumba dé el sol de la vida y soplo el aire del mundo. Tampoco estaría de más que a su orilla brotase un árbol que le diese sombra; no estaría de más sobre todo por vosotros que a los que alguna vez la tendréis que contemplar.

3.º También quiero que apenas muera me llaven al cementerio. Los cadáveres molestan en todas partes; más sobre todo en aquella donde hicieron más horas de su vida. Si hubiera algunos escrúpulos ante esa exigencia, desechadlos; yo doy palabra de no resucitar ni dentro de las 24 horas, ni después. Sería de muy mal gusto volver a la vida después de haber gozado un instante de las dulzuras del descanse.

4.º Yo no sé el al morir si pondré de un duro que sea mío. Si lo hubiera colocado en una de mis manos encerrado y enterrado con él. No es esta una locura mía, no. Pienso que si tal hiciera, alguna vez tendré el gusto de que mi calavera sonría irónicamente contemplando la faz espantada de algunos de mis adversarios o de mis amigos políticos. Un duro ha sido siempre una gran tentación para los amigos y para los enemigos que en la vida me rodearon.

Nada más. Tal es mi voluntad. No la toméis a broma engañados por la ironía de mis palabras. He sido un poco helado durante mi vida.

PEPE JESÚS

Academia de D. Gaspar Nuñez. ¿Tendré que decir que este buen maestro ha sido uno de los hombres que más han influido en mi educación y en mi vida? Allí aprendí aritmética sin libro y aprendí otras muchas cosas. Pero yo era un chiquillo pío; tórico de vida, que necesitaba correr y dar saltos mortales, y volar por los aires colgado de un trapecio, y llegó un día, ya próximo el mes de Mayo, en que no pude más y falté a la clase de matemáticas. ¡El uno, y falté treinta seguidos! Cuando volví a ella, llevado de la mano de mi padre mis compañeros de clase se habían examinado. Sólo quedaba un alumno un rezagado para quien las fórmulas algebraicas eran un inextricable misterio. Yo no había saludado el álgebra. A los diez días de esto, la había magistralmente, gracias a D. Gaspar, que quiso que la suplara. Nos examinamos en el mismo día mi compañero y yo. A él le suspondieron. A mí me dieron notable. Desde entonces sé yo que para ser notable en Junio, es preciso pasarse el mes de Mayo haciendo titeres.

Con todas estas cosas, mi padre se convenció de que necesitaba yo para estudiar, tutela más fuerte que la del Instituto y la de los profesores particulares; y me mandó a un colegio de Valencia: el Colegio Angélico del Cid.

Allí estuve cuatro años y allí me hice bachiller. Seguí siendo un mediano estudiante, pero muy popular. ¿Que por qué era yo popular allí? Ello tiene su explicación. Yo era un famoso gimnasta, un tirador formidable, que, lo mismo esgrimía el florete que el sable, que la espada española. Yo era un jinete audaz. Además, sobresalía como cantante; entonces una mala queña con la misma desenvoltura que una romanza. Ahora pensad que yo era andaluz, y tendréis la explicación de mi popularidad.

Los andaluces no tenemos nada que hacer en Valencia, más que ser andaluces, para ser adorados. Tienen ese buen gusto aquellas liberales gentes de la ciudad de Turia.

Los cuatro años de Valencia han sido los más felices de mi vida. Tan feliz era yo entonces que... lo notaba. Me daba cuenta de mi propia ventura y me decía a mí mismo: ¡Que lástima que esta vida se acabe! Miren ustedes que tener que ser un hombre a la fuerza, yéndome tan bien como me va de niño. Debajo de mí hubo siempre un alma reflexiva.

Así fueron aquellas cosas. Al cabo, un día tuve que abandonar el colegio. Lo abandoné llorando con toda el alma.

Allí me dejaba muchas cosas, muchos amistades, muchas ilusiones de las tempranas, que son las más puras y mejores. Valencia es en mí recuerdo algo así como un oasis, del que no me resolví a salir cuando volví los ojos del espíritu hacia el pasado...

Volví a la tierra. Se había decidido que yo fuera ingeniero. Era aquella la época de los ingenieros. Más yo no quería serlo. En cambio mi padre veía en la carrera ingenieril algo así como un título de nobleza que vendría muy bien a los humildes oriundos de mi raza. Quieras que no, hubo de partir hacia la Corte en busca de la academia preparatoria. A los siete meses de esto escribí a mi padre una carta que le convenció de que yo no había nacido para aquello. Yo no podía estudiar tanto como la carrera emprendida exigía. La verdad es que, en esto del no estudiar, he sido siempre consecuente. Lo cual no quiere decir que a mí no me gustara saber, no. Me gustaba y me gustaba saber, pero sin en un día. Y lo peor es que creo este un problema soluble. Cuando se resuelva, verán ustedes como yo tengo razón. Entonces se demostrará que nuestros maestros oficiales no han sabido nunca enseñar a los niños.

Aquella carta que yo escribí deba de ser un documento interesante. ¿Dónde andará? Regresé...

— Buenos días y ¿qué quieres ser? Porque no pensarás en ser un vagabundo — me dijo mi padre.

— Pues, cualquier cosa: Abogado, si te parece.

— Sea lo que tú quieras.

Y a Granada fui a dar con mi juventud. A mí me han pasado siempre cosas muy raras. La Universidad no me pareció un templo serio y respetable.